

Al escondite hutt

Chris Cassidy y Tish Pahl

Con un agradecimiento especial a Timothy Zahn

Fenig Nabon examinó el cielo buscando la nave que sabía estaba en su aproximación final. Pero, desde su posición junto a una ventana mugrienta, todo lo que veía era el torturado paisaje de Ryloth, vacío y desolado, extendiéndose en la oscuridad.

Deslizó su peso de un pie al otro. El movimiento traicionó su malestar y agitó polvo sofocante en el bochorno de la sala de control de puerto. Veterana de incontables puertos espaciales sórdidos, la contrabandista coreliana sabía que debería sentirse completamente en su elemento. En cambio, el trato a punto de firmarse dejaba a Fen con el estómago enfermo y tres preguntas no demasiado insignificantes. ¿Por qué estaba aquí cuándo podía haber estado haciendo una simple corrida de raava entre Socorro y Coruscant? ¿Por qué estaba su amada nave, la *Dama Estelar*, atracada a sistemas de distancia, en Nal Hutta? ¿Y cuándo, en más de veinte años de recorrer las estrellas, había perdido irrevocable e irrecuperablemente su cabeza?

Había una respuesta para todas esas preguntas: Ghitsa Dogder, su actual compañera de circunstancias. Mientras sentía otra gota de humedad trazar un camino tortuoso entre su viejo traje de vuelo y su espalda empapada de sudor, deseó por millonésima vez haber seguido su primer instinto dos años atrás y haber volado a la pequeña estafadora fuera de sus exagerados y poco prácticos zapatos de tacón alto. Realmente hubiera sido un acto de altruismo galáctico comparable con la destrucción de ambas Estrellas de la Muerte.

Entrecerrando los ojos, Fen vio finalmente un punto de luz moviéndose rápido. Se materializó en el carguero mediano pesadamente armado que ella y Ghitsa habían contratado para viajar a Nal Hutta. La nave se elevó y desapareció por encima para volar sobre el despeñadero que alojaba los laberintos del clan Twi'lek de Leb'Reen.

Siempre víctimas de piratas y saqueadores, los solitarios twi'leks no hacían fáciles ni siquiera los aterrizajes legítimos. Para acercarse a Leb'Reen, un piloto tenía que descender por una angosta fisura esculpida en la meseta para aparecer en la caverna de aterrizaje quinientos metros más abajo. Ásperos boquetes hechos por pilotos irrespetuosos marcaban los implacables muros de roca. Fen dudaba que la Mistryl que pilotaba la nave entrante cometiera los mismos errores.

Mistryl. Esas enigmáticas mujeres guerreras harían cosas desesperadas por su gente empobrecida. Y en un universo incierto, ponerse del lado

equivocado de una Mistryl era una manera segura de encontrar un cierto, y completamente letal, final.

—Sería una pena si dañaran la nave —dijo una culta voz coruscantana.

Fen no se molestó en mirar a su diminuta socia.

—No lo harán. Shada D'ukal es una buena piloto.

—Un gran elogio viniendo de ti, Fen.

—Es un hecho. No dije que fuera una gran piloto.

—¿O tan buena como crees ser? —se burló Ghitsa suavemente.

Fen estaba demasiado tensa para discutir con ella.

—Te lo dije antes, estafar a un hutt es una mala idea; usar Mistryl para hacerlo es una muy mala idea.

—Que subestimación tan poco común para una coreliana —suspiró Ghitsa, acomodando un mechón de pelo rubio que se había atrevido a salir de su lugar—. Ya hemos discutido esto. Las Mistryl poseen una nobleza particular y deslustrada. Y.... —frunció su cara perfectamente maquillada, concentrándose—, es probable que se identifiquen con el aparente aprieto de nuestra carga. No podríamos encontrar a nadie que sea tan predecible.

—También llevan armamento pesado, saben cómo usarlo, y no necesitan un bláster para causar daño permanente a un cuerpo.

—Un hutt es un blanco grande en una mira de bláster, y uno muy pequeño si tratas de estafarlo —respondió Ghitsa sin perturbarse.

Volvieron sus espaldas a la ventana cuando el murmullo de repulsores resonó en la caverna de aterrizaje detrás de ellas. Con un ruido, la nave irrumpió a través de la abertura del techo de la bahía de aterrizaje de Leb'Reen. Fen estudió atentamente su descenso con ojo profesional. *Cuidado con las turbulencias*, advirtió mentalmente al piloto, mientras la nave se sacudía hasta llegar a una parada final e inestable.

Las palabras decididas de su socia interrumpieron los pensamientos de Fen.

—Ultimaré los detalles con el clan Shak. —Mientras enderezaba las hombreras de su conjunto hecho a medida, Ghitsa notó el maltratado traje de vuelo de Fen y su cabello castaño recogido en una trenza descuidada—. ¿Siempre tienes que lucir como si te hubiera vestido un rancor?

Fen golpeó su cabeza con fingido horror.

—Y yo que siempre quise conseguir una cita con tus diseñadores.

Ghitsa giró sus ojos con divertido disgusto y, como siempre, hizo la última observación mordaz.

—Tienes tan pocas esperanzas como una causa Mistryl. —Girando sobre un tacón afilado y a la moda, se alejó.

Fen se ubicó de modo que la rampa de la nave se extendió para apoyarse junto a los dedos de sus pies. Desde abajo, investigó las dos Mistryl en la escotilla. Alta y no tan alta, oscura y clara, madura y joven, llevaban vibro-hojas, blásters y la confianza fácil de aquellos acostumbrados a usarlos.

—Shada, tuviste suerte de no perder tu deflector posterior cuando te atrapó esa turbulencia —dijo Fen, en su equivalente de “Bienvenidas a Ryloth.”

—Es bueno verte también, Fenig —respondió la mayor de las Mistryl, sin perder la calma—. Lamento oír que la *Dama Estelar* está aun en el astillero. Trataremos de hacerte sentir lo más cómoda posible en *La Furia*.

Fen frunció el ceño. Shada sabía que nada era tan doloroso para un piloto que ser pasajero en la nave de otra persona.

—Tú me conoces, Shada. Estaré cómoda en cualquier lugar.

Shada descendió la rampa para pararse al lado de Fen. Fen intentó ignorar a la Mistryl más joven que la seguía.

—Nueva compañera, veo —farfulló a Shada.

—Dune T'racen —se identificó la mujer más joven—. Y las Mistryl no nos referimos a las subordinadas como compañeras.

—Me disculpo —respondió Fen con voz monótona. Dune llevaba su herencia Mistryl con orgullo, pero aún no tenía la tranquila competencia de Shada. Posiblemente una principiante, especuló—. Mi socia está ahí —continuó Fen, con una inclinación de cabeza—, acordando los detalles finales con el representante del clan Shak.

Al otro lado de la caverna de aterrizaje de Leb'Reen, vieron a Ghitsa en un serio intercambio con un twi'lek inmenso y embozado. De pronto, Ghitsa giró y se alejó trotando, tragada rápidamente por la oscuridad del puerto espacial. Con un latigazo de sus colas cefálicas, el twi'lek fue tras ella.

—¿Dónde está la carga? —preguntó Shada.

—¿Y de cuánto ryll estamos hablando? —añadió Dune.

—¿Ryll? —se burló Fen—. ¿Quién dijo algo sobre ryll?

Un gesto fruncido arrugó la cara delicada de Dune.

—Dado el coste de tu carga de Ryloth, supusimos que estabas transportando ryllr kor para el uso de bacta.

Fen gruñó crudamente:

—Saltan valoramosa n telval mard.

—¿Qué se supone que...? —una señal sutil de la mano de Shada, y Dune se tragó el resto de su pregunta.

—Es coreliano antiguo —dijo Shada, midiendo a Fen con una fría mirada—. Significa "asumir es el primer paso a una tumba poco profunda".

—Muy bien, Shada —respondió Fen, tratando de sonar casual e incluso un poco desdeñosa, no pequeña hazaña bajo esa mirada—. Pero habría esperado mejores habilidades lingüísticas entre sus jóvenes.

—No somos mercenarias —pronunció Dune con la firmeza de alguien que aún cree en lo que le han dicho.

El sonido de tacones marcando un ritmo staccato en el piso de piedra las interrumpió. Ghitsa emergió de la penumbra de la bahía de aterrizaje; una por una, cinco mujeres twi'lek la siguieron. Sumisas, colas cefálicas flácidas, llevando al hombro un pesado paquete, las twi'leks se adelantaron, como unidas a una cadena, una tras otra.

—¿Estás transportando mujeres twi'lek? —Shada se acercó, su sola presencia física obligando a Fen a retroceder un paso—. ¿A Nal Hutta? —añadió, su voz enfriándose más aun.

—Tengo un contrato, ejecutado por sus líderes, que garantiza nuestro viaje al planeta de los hutts —dijo Fen, tratando otra vez de conseguir sonar casual. Extrajo su datapad de su bolsillo, cuidándose de mantener sus movimientos lentos y no amenazantes.

—Damas, ¿hay algún problema? —preguntó Ghitsa afablemente.

Shada la ignoró.

—Sabes que no transportamos esclavos —dijo glacialmente, sus ojos aun fijos en Fen. Lanzó una mirada furiosa a las twi'leks que se acercaban, que comprendieron la señal y se detuvieron.

Ghitsa extendió su mano; Fen puso el datapad en su palma sin palabras.

—Eres Shada D'ukal, ¿no? Conforme con nuestro acuerdo, las Mistryl están obligadas a proveer pasaje de Leb'Reen a Nal Hutta a mí, mi colega, y nuestra carga. —Sus brazaletes intrincadamente forjados repiquetearon contra el visor—. Tarifa de veinte mil, depósito no reembolsable de cinco mil, contrato nulo si hace en ayuda del antiguo Imperio....

—Las Mistryl no entregarán a nadie en esclavitud —dijo Dune, mordaz.

Ghitsa le dirigió una mirada torcida y reptiliana a Dune antes de regresar su atención a Shada.

—Por supuesto, no estarías trabajando con esclavos. La esclavitud es ilegal según la resolución 54.325 del Senado de la Nueva República. —Manipuló el pad hábilmente otra vez—. Éste es mi contrato con Brin'shak, el agente de talentos twi'lek. Está proveyendo los servicios de una compañía de baile twi'lek a Durga el hutt. Durga les pagará a esas bailarinas.

Shada cambió su mirada evaluadora a Ghitsa. No era que la diminuta tímida requiriera tanta evaluación.

—Seguro lo hará —dijo la Mistryl, y su tono indicaba claramente cuanto creía eso.

Ghitsa le ofreció el datapad.

—Y les pagará muy bien. Datapágina ocho, párrafo doce.

Shada tomó el pad y examinó la anotación de contrato. No satisfecha, se desplazó a través del documento de principio a fin. Dune, en tributo a su entrenamiento, permaneció alertamente silenciosa.

Los segundos parecieron alargarse hasta la eternidad antes de que Shada finalmente alzara la vista.

—De acuerdo con esto, el ochenta por ciento del sueldo de las bailarinas vuelve al clan Shak —señaló.

—El método de compensación twi'lek no es de tu incumbencia, Shada —dijo Ghitsa altivamente—. Y si te retractas ahora, perderás el depósito, el contrato, y pagarás una multa de diez mil.

Fen se crispó en su interior. Correcto, esa era la palanca correcta para mover a las empobrecidas Mistryl. Y Ghitsa había hecho su usual trabajo experto tirando de ella.

Shada no reaccionó, al menos visiblemente. Su compañera más joven, sin embargo, no era tan buena.

—Shada, no podemos ser parte de esto —Dune instó en voz baja—. No con la conciencia tranquila.

—¿Conciencia? —preguntó Ghitsa suavemente.

Fen no pudo dejar pasar eso sin intervenir.

—¿Necesitas buscar la palabra, Ghitsa?

Ghitsa agitó una mano dorada.

—No, Fen. Tengo una familiaridad pasajera con el suntuoso fenómeno conocido como conciencia. Aun así, si esta conversación va a desplazarse hacia la ética, podría señalar que nuestras asalariadas no deberían estar tratando de renegociar un acuerdo ejecutado por sus líderes.

—El contrato parece ser legítimo y legal —Shada arrojó el pad a Ghitsa—. Pero por supuesto todos sabemos lo que valen las apariencias. Así que iré a hablar con Brin'shak y tus supuestas bailarinas. Si muestran cualquier señal de coerción, el trato se acaba. Punto.

Shada le dirigió a Ghitsa una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Supongo que también podría amenazar con informar sobre tus actividades a cada organismo encargado del cumplimiento de la ley del que alguna vez has oído hablar, y a otros que no. Pero no me molestaré. Solo mencionaré que estarás en problemas con nosotros. Serios problemas.

Miró a cada una por turno, como desafiándolas a protestar.

—Y si todo el asunto es legítimo, pagarás treinta y dos mil, no veinte —agregó—. O puedes retractarte ahora, nos vamos, y el contrato es nulo. Tú eliges.

—No hay problema —dijo Ghitsa con ligereza, agitando su mano hacia las twi'leks que aun esperaban silenciosamente a un lado—. Satisfécete tanto como sea necesario. No tenemos nada que esconder.

Sí tenemos, pensó Fen torvamente. *Sí que tenemos*.

—¿Realmente tenías que decir que las twi'leks, ya que están entrenadas para soportar el dolor físico, podían ir zarandeándose en la bodega de carga? —gruñó Fen, sujetándose para el viaje inminente. Su socia había pasado rápidamente a la Fase Dos de su plan y estaba determinada a hacer que las ahora involucradas Mistryl lamentaran el día en que habían pactado con Ghitsa y Fen.

—Comprendo la sabiduría de las sujeciones de asiento —reconoció Ghitsa, luchando para meter sus hombreras en un asiento de pasajero en la cabina principal de *La Furia*—. Ninguna de ellas ha estado fuera del planeta antes. No queremos que entren en pánico y se lastimen.

—Por supuesto que no —dijo Fen—. A propósito, la próxima vez que tengas el impulso de parlotear sobre como se devalúa una bailarina lastimada, no lo hagas cuando la mano de Dune esté cerca de un bláster opositor o espera hasta que yo no esté por allí. ¿Está bien?

—Dado lo que hemos oído de su destreza de combate sin armas, un bláster supondría poca diferencia a una Mistryl motivada —señaló Ghitsa.

Fen se tragó su réplica, prefiriendo en cambio saborear la familiar emoción de una nave despegando. Sintió cada cabeceo y balanceo mientras *La Furia* luchaba con las turbulencias de la caverna de Leb'Reen, solo para emerger en el viento abrasador y la arena torrencial de la brutal atmósfera baja de Ryloth. Fen contó los minutos del paseo salvaje con ansiosa expectación.

En cuanto la nave saltó al hiperespacio, Fen se liberó de los arneses del asiento. Se puso de pie con una gracia nacida de miles de horas de vuelo mientras Ghitsa aun forcejeaba con los broches de sus restricciones. Mientras sus ojos se dirigían hacia el sinuoso pasaje que llevaba hacia adelante, Ghitsa murmuró:

—Ve a ver a las twi'leks.

Cuando su socia regresó, Ghitsa estaba arrellanada en el asiento más confortable de la cabina, limando una perfecta uña rosada. Fen respondió a la pregunta tácita de Ghitsa:

—Están bien. —Fen volvió su atención a la estación de cómputos de la cabina, preguntándose si todo estaría codificado.

Un momento después, Shada y Dune aparecieron en la cabina, sin que el más leve sonido advirtiera su llegada. Saludando con un cabeceo, Fen empezó

su cuenta regresiva mental. Llegó a tres —un nuevo record galáctico— antes de que Ghitsa hiciera la pregunta inevitable:

—Así que, ¿qué grabaciones de holovid recientes tienen?

—No estamos aquí para entretenerte —dijo Dune desdeñosamente.

Shada se apoyó contra el mamparo, cruzando una pierna sobre la otra. Desde esa posición, notó Fen, era capaz de observar tanto el incipiente altercado como el puntaje del juego de combate de Fen.

—Vamos, lo último que escuchamos fue que la princesa Leia había sido raptada por ese contrabandista bribón. —Ghitsa se puso de pie, y cruzó la cabina hacia una pequeña grabadora de holovid. Revolviendo los discos catalogados, Ghitsa preguntó con un mohín— ¿No tienes algo más reciente? —extrajo un disco de un bolsillo—. Qué suerte que compré las dos últimas semanas de descargas de la Gacetilla Diaria de Coruscant antes de que partiéramos.

El viaje había tomado un horroroso giro en mala dirección. Las Mistryl exigirían concesiones de combate.

—¿Ya controlaste a tus pasajeras? —preguntó Shada.

—¿La carga? —preguntó Ghitsa con ligereza—. ¿Por qué?

Shada envió una fría mirada en su dirección, luego giró sin una palabra y dejó la cabina.

—Qué humanitaria —comentó Ghitsa, alzando la voz lo suficiente—. Para una mercenaria...

Una molesta música electrónica interrumpió cualquier réplica.

—Ah, allí vamos. —Ghitsa se pavoneó hacia el otro lado de la cabina, forzando a Dune a apartarse ligeramente de su camino—. Confieso que soy una telespectadora ávida del Palacio Imperial —declaró.

La imagen de un hombre apareció en la pantalla.

"Bienvenidos a la Gacetilla Diaria de Coruscant. La historia principal de hoy, el dramático rapto de la princesa Leia Organa por su antiguo amor, Han Solo."

—El blanco simplemente no es su color —parloteó Ghitsa.

Dune arrojó a Ghitsa una mirada de obvio desdén mientras el video hablaba con monotonía.

"Y ahora el hermano de Organa, el caballero Jedi Luke Skywalker, y el audaz príncipe hapaniano han ido en busca de la princesa errante."

—Nunca los encontrará —declaró Fen—. No tiene oportunidad.

—Por supuesto que lo hará —contestó Dune, claramente atraída a la conversación a su pesar—. Un caballero Jedi usando la Fuerza...

—Fuerza, mi bláster —replicó Fen, tirando de un hilo suelto en su traje de vuelo—. Es solo un muchacho granjero salido de un tazón de polvo.

—Un granjero muy afortunado —murmuró Ghitsa—. Desearía haber tomado esas probabilidades sobre la segunda Estrella de la Muerte....

—Yo diría que Skywalker tiene más oportunidad que nadie de encontrar a su hermana —intervino Shada.

Fen ni siquiera la había escuchado regresar de la bodega de carga.

—A menos que su señoría no quiera ser encontrada —dijo desdeñosamente la contrabandista.

Todas se sobresaltaron ante el fuerte estallido de risa de Ghitsa.

—¿Por qué no lo querría, Fen? No todas están tan enamoradas del astral general Solo como tú.

Fen se tensó involuntariamente.

—¿Yo, enamorada? Ya le gustaría.

—¿Por eso es que aún hay una litera del tamaño de un wookiee en la *Dama Estelar*?

—Sabes que hice instalar esa litera especialmente para acomodar tus hombreras, Ghitsa. —Fen se deslizó de su asiento—. Voy a revisar la carga, para asegurarme de que no están dañadas.

—Acabo de verificarlo —le dijo Shada—. Están bien.

—Me complace escucharlo —dijo Fen brevemente—. No te molesta si miro por mí misma, ¿verdad?

Fen se dirigió fuera de la línea de fuego verbal de Ghitsa. Merodeando por el pasaje, tomó un giro, se detuvo ante la placa que ocultaba el generador de escudos. Abrió rápidamente el panel, sacó una multiherramienta de su bolsillo, y esperó a que Shada llegara.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

—No creo que encuentres a las twi'leks ahí —dijo la voz calma de la Mistryl.

—¿No? Basura Sith —Fen miró la matriz de deflector—. Debo haber dado una vuelta equivocada.

—También debes sentirte particularmente intrépida hoy —advirtió Shada.

—Ah, vamos, Shada. Sabes que sé lo que estoy haciendo.

—Quizás —Shada arqueó una ceja—. Por otro lado, ¿tú me permitirías que yo anduviera hurgando la *Dama Estelar*?

—No mientras estuviera completamente consciente —reconoció Fen, guardando la herramienta—. Bien. Revisa tú los escudos posteriores.

Shada caminó hasta el muro y presionó un botón. Un panel oculto se abrió deslizándose junto al codo de Fen, exponiendo una hilera de herramientas. Apartando con un gesto a Fen fuera del camino, seleccionó un escáner y una punta sensora y se puso a trabajar.

—Entonces, dime Fen —dijo—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Debería ser obvio —dijo Fen, estirando el cuello para ver por sobre el hombro de Shada—. Con esa turbulencia azotando la nave y el brusco viaje de salida, pensé que el escudo probablemente se había debilitado aquí atrás.

—No me refería a eso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fen, tratando de parecer inocente y astuta a vez.

Shada alzó la vista hacia ella.

—Quiero decir qué estás haciendo con... —pareció luchar buscando la palabra apropiada, y finalmente se dio por vencida—. Ella.

—¿Ghitsa? —rió Fen—. No es mala con un datapad, y puede cocinar.

—Y tiene coruscantana imperial estampado por todas partes —dijo Shada francamente—. ¿Qué sabes en verdad sobre ella?

—Probablemente no más que tú —contestó Fen—. Vamos, Shada. Sé que las Mistryl la tienen identificada. Su entrada está probablemente justo al lado de la mía en la categoría “útil pero poco fiable”.

—Sin embargo, ella no es Jett, ¿o sí? —Shada observó en voz baja, la pregunta en realidad una afirmación.

Un silencio espeso y tenso colgó en el aire.

—Ése es el punto —respondió Fen finalmente, su voz muerta.

Las siguientes palabras de Shada fueron cuidadosas, como un escultor tallando suavemente un bloque de piedra caliza.

—Jett Nabon era un hombre de gran compasión.

—Y mira lo que consiguió —replicó Fen—. Morir en el suelo de una cantina de Ord Mantell, con un grupo de borrachos caminando sobre su cadáver por la última llamada en el bar. Podría haber vivido si alguien se hubiera molestado en sacar la vibro-hoja de su garganta, pero nadie le mostró ninguna compasión.

—Su compasión también trajo el comercio a las Mistryl cuando casi nadie más lo haría —continuó Shada, haciendo caso omiso del arrebató—. Pienso que es por eso que las Once estuvieron de acuerdo con este contrato contigo, a pesar de sus recelos sobre tu socia. Porque honramos su memoria.

—Y mira lo que conseguiste. —Fen señaló por sobre el hombro de Shada en uno de las varas de flujo—. Asegúrate de ajustar ese —dijo—. Puede soltarse a veces.

—Ya lo hice —Shada recogió el panel y lo puso en su lugar antes de hablar otra vez—. La misma compasión obligó a Jett a sacar una joven carterista abandonada de las calles de Coronet y adoptarla como su hija.

—Supongo que podrías decir que ese fue otro de sus errores, ¿eh?

En silencio, Shada devolvió las herramientas a su caja en el muro. También en silencio se dirigió hacia delante, dejando a Fen sola con sus recuerdos.

Desde Leb'Reen, Fen no pudo evitar maravillarse de cómo Ghitsa se las arreglaba para meter la palabra "mercenario" o "imperial" en la conversación con Dune durando más de dos oraciones. Mantenía la conversación entretenida y mucho más peligrosa de lo que Fen hubiera preferido normalmente.

Ella y Ghitsa estaba esperando en la cabina. Dune y Shada estaban adelante para su primer corrección de curso. El ansia de estar en la cabina de piloto se volvió un dolor constante cuando Fen sintió el salto de la nave al espacio normal. Precisamente cuando pensaba que todo el proceso estaba tardando un poco demasiado, la voz de Shada llamó por el comunicador.

—Fen, ven aquí.

Ella estaba fuera de su asiento y a medio camino por el pasaje antes de que Ghitsa la alcanzara.

Mientras se introducían en la cabina de piloto, Shada se volvió en la silla del piloto.

—Quiero tu opinión sobre algo que reveló el rastreo de sensores.

A pocos grados de la proa, un cilindro de metal giraba perezosamente sobre un eje. Una antena sobresalía de su parte superior. *Maldición*, juró Fen en silencio. El viaje acababa de volverse mucho más interesante.

Shada las estaba observando atentamente.

—Parece una boya de relevo —dijo—. Aparentemente, está recogiendo las firmas de las naves que se dejan caer aquí.

—Vuélala —dijo Fen secamente.

Shada ya estaba moviendo la batería de rayos láser de *La Furia* para apuntar a la boya.

—Sí. Pienso hacerlo.

—Probablemente ya es demasiado tarde, sin embargo —opinó Ghitsa mientras se sentaba en el asiento trasero de la cabina de piloto—. Quien sea que puso eso aquí pronto sabrá que estamos aquí y hacia donde nos dirigimos.

—¿A quién le importaría? —desafió Dune.

Por una vez, Ghitsa la favoreció con una respuesta clara.

—A cualquiera interesado en lo que se transporta por las rutas hiperespaciales contrabandistas entre Ryloth y Nal Hutta.

—Piratas de ryll —dijo Shada, haciendo del nombre una maldición.

—O peor —dijo Fen.

Shada movió hábilmente la mira en su consola. Un puñetazo seguro y la boya estalló, por un instante una flor encendida naranja brillante sobre el lienzo del espacio.

—¿Tienes algún “peor” particular en mente, Fen? —preguntó Shada.

—La Cooperativa de Esclavistas de Karazak viene a la mente —dijo Ghitsa con gravedad—. La CEK acostumbraba a emboscar naves a lo largo de esta línea buscando twi'leks para vender.

—Cualquiera que haga este recorrido sabe que una nave de Ryloth cambiará de curso aquí —añadió Fen.

—Usualmente para un salto al cúmulo de Naps Fral.... Y luego fijar allí el salto final a Nal Hutta —concluyó Shada por ella—. Lo que quiere decir que una boya de relevo aquí implica una trampa esperando en Naps Fral.

Ghitsa asintió.

—Hubo un tiempo en que el CEK era muy activo en esta ruta. Jabba lo paró porque pensaba que demasiados esclavos valiosos estaban muriendo en las emboscadas.

Shada las miró a ambas, sus ojos oscuros pensativos. Dune podía aprender mucho de esa sagaz y tranquila seguridad, pensó Fen. Probablemente era por eso que la Mistryl más joven había sido emparejada con Shada para empezar.

—Jabba murió hace cuatro años —señaló Shada—. ¿Estaban esperando que la CEK hubiera regresado a este lugar desde entonces?

—Teníamos razones para querer contratar Mistryl —respondió Fen sinceramente—. La posibilidad de que la CEK hubiera regresado era una de ellas.

Regresando a su consola, Shada apuntó *La Furia* en dirección al cúmulo de Naps Fral.

—Bien, ya no hay vuelta atrás —dijo simplemente—. Parece que después de todo, podrías obtener el valor de tu dinero

—¡No! —protestó Ghitsa dando un taconazo con su bota lustrada—. Voy a viajar adelante. Soy una copiloto perfectamente capaz...

—¿Olvidaste tomar tu medicamento contra las alucinaciones? —arrulló Fen, apartándola mientras se dirigía a un asiento en la cabina de piloto.

Desde el último cambio de curso, Ghitsa había machacado incesantemente con que quería estar en la cabina de piloto cuando salieran en el cúmulo de Naps Fral. Ahora cerró sus manos en puños diminutos, recordándole a Fen un bebé sumamente caprichoso.

—Puede quedarse —dijo Shada con calma mientras se deslizaba en la silla del piloto. Ghitsa sonrió como un niño al que le regalan un dulce espacial—. Sin embargo —añadió Shada en el mismo tono—, si dice o hace algo para molestarme o distraernos, la destrozaré.

—A menos que yo me adelante —añadió Dune, sus ojos en las lecturas del monitor.

—Te doy unos mil si me dejas hacerlo —ofreció Fen.

—Yo también puedo volar —estableció Ghitsa para el registro oficial, cayendo en su duramente ganado asiento.

—Claro que puedes, Ghits —se burló Fen—. ¿Cómo aquella vez que tus coordenadas de navegación nos habrían metido en el sol de Corellia?

—Solo habríamos rozado la corona —dijo Ghitsa a la defensiva.

—¿O la vez que estabas disparándole al polvo porque pensaste que estaba agotando los escudos?

—Estaba agotando los escudos.

—Era polvo residual. Disparando al polvo solo provocarás más polvo.

—Terminen con eso, las dos —Shada interrumpió la creciente discusión. — Tenemos trabajo que hacer.

Ghitsa se ofendió, pero guardó silencio.

—Perdón —dijo Fen.

—Como yo lo veo, en el peor de los casos encontraremos una armada esperándonos cuando entremos —continuó Shada—. Pueden tratar de golpear los motores con disparos quirúrgicos de turboláser; más probablemente, tendrán un cañón de ión pesado listo para desactivarnos por saturación.

—Después de eso nos abordarán, tomarán a las twi'leks y nos matarán —asintió Fen—. Lo que significa que intentarán estar justo en frente de nosotros o alineados con nuestro probable vector de salida.

—Esa es mi interpretación, también —respondió Shada—. Así que nuestra obvia respuesta es simplemente llegar dos o tres segundos temprano.

Fen tragó saliva mientras extraía un mapa del sistema de Naps Fral. La mayoría de las coordenadas de entrada al hiperespacio tenían incorporadas “zonas de seguridad” de un segundo o dos. Los pilotos dentro del sistema sabían que debían mantenerse fuera de las zonas para evitar que una nave entrara al espacio real encima de ellos. Estudiando el mapa, Fen se dio cuenta de que Shada, una vez más, había hecho su tarea. Tres segundos pondrían la nave precisamente fuera de la zona, probablemente no demasiado cerca de algo letal. Probablemente. Esperanzadamente.

Ghitsa claramente estaba pensando lo mismo.

—Alterar tu punto de entrada hiperespacial no es... ¿Peligroso? —preguntó en voz baja.

—Mucho —dijo Dune distraídamente.

—Definitivamente es una maniobra que trae en la caja una advertencia que dice “¡No intente esto en su casa!” —dijo Fen, forzando una broma.

—Estén preparadas, todas —dijo Shada—. A mi señal. Quince, catorce....

A los cinco segundos, apretó su mano sobre las palancas, y las líneas de las estrellas se fundieron formando el lechoso cúmulo de Naps Fral.

Un destello del fuego iónico azul corto por su arco, la alarma de proximidad repicó, y Shada giró *La Furia* en dirección a la amenaza. En el lapso de tiempo que le tomó a los sensores decirle lo que había tratado de pegarles, Fen buscó y apagó las alarmas, preguntándose por qué alguien siquiera se preocupaba con esas cosas pñjgin. Si las necesitabas, ya estabas muerto en el espacio de todos modos.

—Nave clase Kuat Firespray —anunció a través de dientes apretados.

—Cambiano —dijo Dune, con voz ilógicamente calma. *La Furia* se agitó mientras un par de misiles de impacto ardían en dirección a su comité de bienvenida.

—Fen, fíjate qué sabe la computadora sobre Firesprays —ordenó Shada.

—Bien.

La Furia se sacudió hacia babor, luego rodó a estribor mientras Shada rebotaba entre los estallidos de la energía iónica.

Junto al codo de Fen, el visor de la computadora empezó a vomitar información técnica.

—La computadora dice que este modelo tiene un punto débil en el escudo de babor —gritó Fen—. Justo bajo la aleta estabilizadora.

—Maldición —farfulló Dune—. ¿Sabías que llegaríamos a su estribor?

Shada empujó el acelerador. Aun esquivando los estallidos del fuego iónico, se abalanzó directo sobre la nave atacante. A último momento, tiró del timón, llevando *La Furia* bajo el vientre del Firespray. Hubo un horrible estallido de descarga iónica y un bandazo...

—¿Qué significa esa luz roja? —preguntó Ghitsa, señalando con el dedo sobre el hombro de Fen.

Fen apartó el brazo rígido de la otra lejos de su cara.

—Significa que estamos mal —replicó—. Sufrimos un golpe a ese escudo débil de popa —añadió para el beneficio de las otras—. Otro disparo y estaremos en un aprieto.

—No tendrán la oportunidad —Shada rechinó mientras se apartaba rápidamente del Firespray. Tirando del acelerador, invirtió bruscamente el propulsor delantero, y volvió a dar vuelta *La Furia*.. La aleta izquierda del Firespray apareció ante ellas como por arte de magia, sobresaliendo de la nave, pequeña y vulnerable—. ¿Dune?

—Lo tengo —dijo Dune. Sus dedos volaron sobre la consola mientras rastreaba el estremecido Firespray y, por el sonido, vaciaba una carga completa sobre su aleta izquierda.

El escudo del Firespray se rizó con la fuerza de las explosiones, y el plasma disminuyó y fluyó por el casco de la nave como un río inundado. Dune dejó volar otro aluvión, y esta vez los misiles perforaron el escudo debilitado de la otra nave. El fuego estalló en la nave, quemando su armadura. Las placas empezaron a desprenderse del casco como un reptil cambiando su piel.

Dune se movió hacia los pesados turboláser. Los abrasadores láseres esculpieron a través del vacilante escudo del Firespray, bombardeando la nave en diagonal. Dos explosiones, una en el cañón y la otra cerca del reactor, y el Firespray, fiel a su nombre, estalló en una breve lluvia de llamas blancas, amarillas, y rojas.

Por un momento todas guardaron silencio.

—Bueno —dijo Shada al fin, su voz tan calma como siempre—. Parece que eso fue todo. Bien hecho, ambas.

—No fue una mala muestra de pilotaje, Shada —reconoció Fen, tratando de recuperar el aliento y preguntándose por qué estaba tan agitada—. Aunque por supuesto yo lo habría hecho sin perder ese escudo de popa.

Para sorpresa de Fen, Shada se rió.

—Fen, debes ser la piloto más arrogante de la galaxia. ¿Quieres ver si la computadora fue capaz de extraer una identificación antes de que lo voláramos en el próximo sector?

—Déjame ver —dijo Fen, tecleando en la computadora. Un nombre surgió—. Sorpresa, sorpresa —farfulló con disgusto—. Era el *Contrato*.

—Bueno, bueno —murmuró Ghitsa.

Shada y Dune intercambiaron miradas.

—Explícate —dijo Shada.

—Necesitas salir más —dijo Fen amargamente—, si no has oído sobre el *Contrato*.

—Las Mystril no se mueven en los mismos círculos eminentes que nosotros, Fen —la increpó Ghitsa, regresando a su tono acostumbrado de superioridad.

—Y no puedes imaginar lo contentas que estamos por eso —replicó Shada—. ¿Fen?

—Esa nave ha tenido más nombres y claves de identificación que verrugas un gamorreano —dijo Fen—. Lo último que supe, fue que estaba viajando como *Salvación*, haciendo ataques rápidos para los karazaks en el borde.

—Los Firesprays son usados principalmente por las fuerzas de seguridad —añadió Ghitsa—. Tengo entendido que Krassis Trelax aprecia la ironía de usar ese tipo de nave para traficar esclavos.

—¿Y quién es Krassis Trelax? —Shada gesticuló hacia la aun encendida nube de polvo—. Lo siento: ¿quién era?

—El coordinador de logística de Karazak —explicó Ghitsa—. Una persona muy molesta, incluso para ser un contrabandista.

—No podría haber sido un muchacho más agradable —añadió Fen. Shada asintió con la cabeza con comprensión, y tal vez satisfacción, también, pensó Fen.

—Dune, consigue esas coordenadas —dijo Shada—. Próxima parada, Nal Hutta.

Fen lavó la ansiedad de la lucha de su cuerpo. El agua era plana y reciclada, cayendo sobre ella como una limpieza ritual que en realidad no era más que un baño tibio con esponja. Dejó que su cabeza cayera hacia delante, y se reclinó contra la pared, tomando una respiración profunda.

El encuentro con el CEK no había sido completamente inesperado. Había sido un golpe de suerte en algunos sentidos, y un desastre en otros. Ella había hecho su parte. Ahora dependía de Ghitsa sacarlas de este embrollo en progreso.

Poniéndose otro gastado traje de vuelo, pasó un peine por su pelo mojado, alisándolo hacia atrás en lo que Jett había llamado su look de rata flagelante ahogada. Habiendo estado en Mos Eisley numerosas veces cuando tenía quince, había descubierto hacía tiempo que lujo tan raro era allí el agua. Su padre adoptivo había reído hasta que las lágrimas corrieron por su cara cuando ella le había explicado que, en el desierto de Tatooine, el agua era demasiado preciada para ser malgastada ahogando roedores. Solo después había comprendido que ése había sido su punto. Rápidamente controló la pequeña sonrisa que amenazaba curvar sus labios.

En la entrada de la cabina se detuvo, observando la escena.

Dune estaba sentada a horcajadas en una silla, mirando a Ghitsa sentada cerca del fondo aplicándose remilgadamente una nueva capa de esmalte de uñas. El omnipresente holovisor zumbaba suavemente en el fondo.

Fen se dirigió de vuelta a la terminal de la computadora. Con Dune distraída y Shada atendiendo los escudos, era un buen momento para completar un cierto asunto aún pendiente en su lista de tareas.

Las primeras dieciocho veces que Shada la había sorprendido, Fen había parecido no estar haciendo más que jugar simulaciones de lucha. Shada tenía sus sospechas, pero, como cada mujer en esa nave sabía, había una galaxia de diferencia entre hacer algo y ser descubierto haciéndolo.

Ghitsa aplicó delicadamente una franja de rojo vibrante para reemplazar el rosa que adornaba la punta de sus dedos. Dune miraba con sospechosa fascinación.

—¿Por qué estás usando un color tan obvio? —preguntó.

—Ohta su marvalic plesodoro —respondió Ghitsa.

—¿Qué significa? —replicó Dune.

—Huttés —dijo Fen—. Déjalos maravillarse ante nuestro esplendor.

—Era una de las frases favoritas de Jabba. —Extendiendo su mano, Ghitsa admiró el brillante tono rojo—. Jabba comprendía la importancia de hacer alarde de prosperidad para demostrar su poder. Dado que las Mistryl no tienen nada, eso es algo que tú no puedes comprender.

Ghitsa no estaba perdiendo el tiempo, en verdad. Fen se acomodó sutilmente para tener un acceso más fácil a su bláster, preguntándose si colocado en aturdir detendría a una Mistryl realmente enfurecida.

Pero Dune simplemente arqueó una ceja, el mismo gesto que Fen había visto a Shada usar de vez en cuando.

—Pareces saber mucho sobre hutts —dijo—. Uno podría preguntarse cómo ocurrió eso.

—Ah, no pienso que tú te estés preguntando en absoluto —dijo Ghitsa con una sonrisa petulante y malvada—. Seguramente has leído el informe Mystril sobre mí.

—¿Qué informe? —preguntó Dune. Un tanto para Ghitsa, pensó Fen. Aunque la piel clara de Dune probablemente siempre revelaría las tensiones más leves, la joven Mistryl iba a tener que aprender a mentir mejor. Tendría que recordar mencionárselo a Shada.... desde una distancia de un par de años luz.

Ghitsa obviamente también había notado la reacción.

—Ah, vamos, Duna. El noble y querido difunto compañero de Fen trató con las Mistryl por años. Al igual que Fen. —Su índice se unió con la uña de su pulgar, ambos pintados de rojo—. Entonces, ¿qué dice?

—¿Por qué no me lo dices? —sugirió Dune, con voz oscura.

—Si insistes —suspiró Ghitsa con irritación—. Entre otras cosas, dice que soy una consejera hutt. ¿Comprendes lo que significa?

La boca de Dune se torció con desprecio.

—Quiere decir que estás autorizada por uno o más hutts para dirigir negocios en su nombre —dijo—. Como este contrato de bailarinas entre Durga y Brin'shak.

—Una buena respuesta estándar del texto, guardia de las sombras —dijo Ghitsa con aprobación—. Pero no roza siquiera la superficie. ¿Te digo qué representa realmente ser un consejero hutts?

Dune asintió con su cabeza ligeramente hacia un lado.

—Soy toda oídos.

—Los clanes hutts nombran consejeros que dirijan sus empresas —dijo Ghitsa—. La destreza y la lealtad requeridas para manejar sus complicados esquemas, sumado a la propia longevidad de un hutt, dicta que los consejeros permanezcan en una sola unidad, preferentemente una familia. Los Dogders

han organizado la infiltración hutt en negocios de los mundos del Núcleo por más de ciento cincuenta años.

Fen levantó un ojo de la pantalla. Esto era nuevo para ella también, si era verdad.

—Ya veo —dijo Dune con voz fría—. Qué espléndida y honorable historia familiar tienes.

—No necesito justificarme ante ti —dijo Ghitsa altivamente—. Mis motivos, y los de mis jefes de clan, deberían ser perfectamente comprensibles para ti. —Su mano izquierda totalmente pintada, cambió el pincel de derecha a izquierda y empezó a pintar de rojo sus uñas derechas—. Dinero, ganancia, seguridad, cosas que incluso las Mistryl deben comprender.

Dune resopló.

—Excepto que nuestros principios no están en venta al mejor postor.

—Pero ésa es la ironía de todo esto. Sí están en venta. Han sido vendidos, tú has sido vendida, de la misma manera que cualquier chuchería barata. —Ghitsa rió con alegre desprecio—. ¿Realmente piensas que las Mistryl son inmunes porque no tratan con antiguos imperiales, se rehúsan a participar en acciones patentemente ilegales, y cobran más por aquellas cuestionables?

Bajo la terminal, Fen deslizó su mano despacio y en silencio y liberó el seguro del bláster en su cadera. No tenía idea de cuanto era puro show y cuánto verdad distorsionada. Lo que sabía era que Ghitsa estaba tratando de empujar a la joven Mistryl a un punto de explosión. Y que podría tener éxito.

—Con todas tus exaltadas justificaciones de salvar a tu gente desesperada —continuó Ghitsa—, estás entregando las twi'leks a una vida de servidumbre y muerte tan indudablemente como cualquier traficante de esclavos de Karazak.

Despacio, deliberadamente, Dune se desenrolló de su silla y caminó hacia la mesa, su rostro calmo y mortal. Fen sujetó el mango de su bláster, pero Dune no hizo ningún movimiento en contra de su socia aparte de cernirse sobre ella como una nube de tormenta.

—El contrato dijo que estaban siendo pagadas, hutt —Dune escupió la palabra convirtiéndola en una maldición—. Dijiste que no eran esclavas. Le mentiste a las Mistryl.

Ghitsa levantó sus ojos hacia Dune.

—No mentí. Serán pagadas. Y luego se les cobrará: trajes, pensión, habitación, y expensas. En algún momento, quizás puedan haber ahorrado lo suficiente para comprar sus contratos. Sin embargo, como la mortalidad twi'lek ronda cerca del setenta por ciento, Durga retiene una suma adicional para cubrir el costo de una mortaja de entierro.

—Shada le preguntó a Brin'shak —siseó Dune—. Le preguntó a cada una de las twi'leks si querían ir.

Ghitsa extendió sus manos, admirando su trabajo.

—En una manera excepcionalmente twi'lek, esas bailarinas van realmente por su propia voluntad. Saben que algunas twi'leks deben terminar en los salones del trono de los hutts. Es el precio del que todos pagan por su falta de poder. Un agente comercial de los hutts se encargará de que el clan sea compensado. La alternativa son incursiones indiscriminadas de esclavistas karazak sobre sus enclaves.

El labio de Dune se retorció.

—Había oído que los twi'leks venden a algunos de ellos para comprar una paz mayor para todos —reconoció de mala gana—. Pero tú lo haces sonar como si tu altruismo impidiera que los karazaks saquearan Ryloth.

—Nuestro altruismo. Dune, estamos todas juntas en esto, sabes. —Ghitsa sopló ligeramente en sus garras perfectamente marcadas—. Yo aconsejé a Durga que era más eficaz ir por esta ruta, en vez de contratar a los karazaks. El CEK es costoso y sus esclavos tienden a ser de mala calidad. —Empezó a tapar la botella pequeña—. Como yo lo veo, los hutts compraron la moral Mistryl por treinta y dos mil. Los karazaks habrían exigido al menos cuarenta y cinco mil. Pero entonces, ellos no están tan desesperados como las Mistryl.

Fen se encogió ante el ataque de Ghitsa. Perfectamente habilidosa con el lenguaje del comercio, era la versión humanoide del repugnante exceso hutt.

Y había funcionado, perfectamente. Dune se inclinaba sobre ella, su color elevándose, la ebullición lenta de burlas e insultos burbujeando, amenazando con encender el fuego debajo. Ella se movió, quizás a punto de ir por un arma, quizás sólo para tomar a Ghitsa y arrojarla físicamente al otro lado de la cabina...

—Dune, ¡in aiente! —vino una calma orden desde la puerta.

Fen dio un salto. Ghitsa ni siquiera tembló.

—Hola, Shada —la timadora gorjeó inocentemente—. ¿Cuánto tiempo has estado parada allí?

—El suficiente —dijo Shada, sus ojos en Dune—. In aiente.

Dune tomó una respiración cuidadosa. Luego, silenciosamente, giró alejándose de Ghitsa y salió a grandes pasos de la cabina.

Por un momento Shada estudió a Fen y Ghitsa, su cara rígida e ilegible.

—Dejaremos el hiperespacio a las cien horas de mañana —dijo y siguió a Dune por el pasillo.

Ghitsa finalmente rompió el largo silencio subsiguiente, preguntando con una inusual y dudosa vacilación:

—¿Piensas que fui demasiado lejos?

—Es difícil de decir —dijo Fen, tratando de humedecer su boca—. Si salimos de esto vivos, diría que no. Si nos cortan las gargantas mientras dormimos, entonces sí, probablemente. —Vaciló, pesando sus palabras cuidadosamente—. Dijiste algunas cosas muy reprensibles. ¿Cuánto de eso era verdad?

Ella hizo una mueca.

—Lo suficiente. Demasiado.

Viendo a la pequeña estafadora removiéndose incómoda en su asiento, Fen preguntó:

—Ghitsa, ¿podría ser que tu conciencia te esté molestando?

Ghitsa hizo toda una función de revisar sus uñas.

—Por supuesto que no, Fen. Simplemente indigestión. Las raciones de nave, tú sabes.

Fen se coló otra vez en la cabina principal justo a tiempo para ver el sistema de holovid vacilando. Arrojando humo, escupió las sobras ardientes de la grabación de Ghitsa de la Gaceta Diaria de Coruscant. *Quizás realmente haya un poder más grande en el universo, y tenga sentido del humor*, pensó Fen.

—Agregaremos los gastos de reparación a tu cuenta —dijo Shada, revisando la unidad.

—Por supuesto —respondió Ghitsa, moviéndose hacia la mesa del partido holográfico—. ¿Jugamos un partido, Fen?

—Paso.

Ghitsa se encogió de hombros.

—No veo por qué no instalas un juego de holobestias en la *Dama Estelar*.

Fen rió, estirando sus brazos hacia arriba.

—Digamos que la última vez que permití una partida a bordo, mi droide terminó con los brazos arrancados de sus junturas. Además, estamos a punto de salir del hiperespacio, ¿no, Shada?

—Cinco minutos estándar —dijo Shada por sobre su hombro mientras salía de la cabina—. Ya vi a las twi'leks.

Ghitsa esperó, luego cuchicheó:

—No te topaste con ella, ¿verdad?

—No —respondió Fen cansadamente, amarrándose al asiento. Mientras Ghitsa hacía lo mismo, Fen dejó que sus ojos se cerraran—. No falta mucho ahora.

—No —la voz de Dune asintió en voz baja junto a su oreja.

Los ojos de Fen se abrieron rápidamente. Dune estaba de pie a su lado, apuntándoles con un bláster. Su bláster, se dio cuenta repentinamente, extrañando tardíamente el peso en su cadera. Su vibrohoja, por añadidura, pendía flojamente en la otra mano de Dune. La niña tenía talento, definitivamente.

—¿Qué está ocurriendo? —gruñó.

—Ha habido un cambio de planes —dijo Dune—. Dogder, tomaré ese bláster que tienes en tu bota. Despacio.

—Por supuesto —dijo Ghitsa tranquilamente, buscando en su bota y sacando un pequeño bláster opositor que Fen ni sabía que poseía—. No recuerdo una provisión contractual acerca de un bláster en nuestras caras —añadió mientras deslizaba el arma a través de la cubierta.

—El contrato también ha sido cambiado —dijo Dune, instalándose en un asiento frente a ellas.

Fen sintió la nave regresar al espacio real. Un minuto después, Shada se reunió con ellas.

—Protestamos ante este trato, por supuesto —dijo Ghitsa dijo, tomando la palabra.

Shada la ignoró.

—Desde el principio, Fen, su comportamiento en este viaje ha sido totalmente irracional —dijo—. Nos convenciste de tomar este pasaje; luego, a cada oportunidad, nos han acosado con que lo que estábamos haciendo es un ultraje moral. Quiero saber por qué.

—Sólo estábamos haciendo conversación —farfulló Fen agriamente.

—Querían que rompiéramos el contrato, ¿no? —persistió Shada—. Ésa es la única explicación. ¿Pero por qué? Difícilmente pueden demandarnos; legalmente, ni siquiera existimos. ¿Chantaje? Ridículo.

Ghitsa alzó la voz.

—Esta es una operación perfectamente legal. Falta a lo prometido, y las Once estarán disgustadas contigo.

—Que otros estén disgustados contigo no es tan malo como estar disgustado con uno mismo —intervino Dune—. Correremos el riesgo.

—Ah, sí... la visión estupenda que tienes desde tu superioridad moral —dijo Ghitsa sarcásticamente—. Aunque no ganarás mucho de esa posición de superioridad disparándole a dos personas desarmadas.

—No entregaremos a las twi'leks en esclavitud, Fen —dijo Shada—. Ni siquiera en una muy bien disimulada. Si no quieres decirnos qué está ocurriendo en realidad, nos dejas sin otra alternativa.

Hizo un pausa, esperando una respuesta. Fen mantuvo su boca cerrada, su corazón latiendo atronadoramente mientras se preguntaba si Ghitsa había cometido su último error de cálculo. Si Shada decidía que asesinar a un par de aspirantes a traficantes de esclavos realmente contaba como superioridad moral....

—Muy bien —dijo Shada después de un momento—. Se acabó el tiempo. Desamárrense; harán el resto del viaje sin nosotras.

Las Mistryl las hicieron pasar en silencio hacia la popa. Era peor de lo que Fen había imaginado.

—No puedes hablar en serio.

Shada abrió una pequeña puerta.

—Fue tu elección, Fen. Entra a la cápsula de escape.

Ghitsa se introdujo sin protestar. Con su propio bláster sosteniéndose en el aire en algún lugar a sus espaldas, Fen entró tras ella.

—Adiós, Fen —dijo Shada.

La puerta se cerró de golpe, cerrada y sellada. *Como nuestro destino*, reflexionó Fen, antes de volverse hacia su socia.

—En lindo desastre nos metiste.

—¿De qué estás hablando? Todo funcionó perfectamente.

Antes de que Fen pudiera pronunciar una réplica apropiadamente agria, *La Furia* arrojó la cápsula al vacío. Fen empujó a Ghitsa con su hombro para llegar a los controles.

Justo como lo había sospechado. Había un pequeño racimo de motores de iones con la suficiente masa de reacción para la inserción orbital, la quemadura de re-entrada, y, tal vez, algo para la desaceleración antes de posarse; corrección, más exactamente, estrellarse. Típico. Según su experiencia, los mejores pilotos siempre tenían las peores cápsulas.

Las probabilidades de un aterrizaje controlado en esta nave eran minúsculas. Las probabilidades de hacerlo con vida eran solo ligeramente mejores. Todo lo que Fen sabía con certeza era que planeaba sujetarse de las amplias hombreras de Ghitsa durante el impacto.

—¿Shada?

Shada giró su cabeza mientras Dune entraba en la cabina de piloto de *La Furia*. Por el tono de su voz....

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Algo está mal con las twi'leks?

—En absoluto —dijo Dune, deslizándose en su asiento y pasándole un pequeño holotubo a Shada—. Están muy felices. Y parece que sabían todo el tiempo que no iban a Nal Hutta.

—En verdad —dijo Shada, revisando el holotubo—. Muy interesante.

—Es lo que pensé —Dune señaló el tubo—. Una de ellas, Nalan, me dio eso. Por lo que pude entender a través de su acento, dijo que “Fenig la valiente” se lo dio para que nos lo entregara.

Shada miró por la ventanilla. La cápsula había desaparecido, atrapada por la atracción gravitacional de Nal Hutta.

—Examinaré ese tubo —dijo—. Corre un rápido diagnóstico de los sistemas de la nave.

—¿Piensas que hemos sido timadas? —preguntó Dune, trabajando en su teclado.

—Hemos sido engañadas desde el momento en que aterrizamos en Ryloth —dijo Shada, filtrando cuidadosamente la emoción fuera de su voz. No era apropiado para una Mistryl mostrar frustración y amargura en frente de una subordinada—. La única pregunta es en qué dirección estábamos siendo llevadas.

—Bien, cualquier dirección que fuera, nuestras antiguas empleadoras parecen haber conseguido lo que querían —dijo Dune agriamente—. Excepto quizá por la parte de la cápsula de escape... ah, basura Sith.

—¿Qué? —dijo Shada bruscamente.

—La clave de identificación de *La Furia* —Dune estaba buscando furiosamente las coordenadas de navegación para un salto de emergencia fuera del espacio de Nal Hutta—. Fen debe haber reprogramado uno de los sistemas de comunicación para crear un encubrimiento. Estamos transmitiendo como esa nave traficante Karazak, el *Contrato*.

Shada hizo girar *La Furia*. Una luz intermitente del comunicador señaló un saludo de Nal Hutta; ella lo ignoró.

—¿Qué vamos a hacer? —exigió Dune.

—Salir de aquí, por supuesto —dijo Shada—. No tengo ningún deseo de ser atrapada en el centro de las políticas esclavistas hutt.

—No discutiré eso —dijo Dune—. Lo que quise decir es ¿qué vamos a hacer acerca de nuestras dos antiguas empleadoras?

Shada hizo una mueca. Sí, las Mistryl tenían una deuda de honor con Jett por su amistad. Pero nadie abusa de una deuda de esta manera. Nadie.

—La galaxia es grande —dijo a Dune misteriosamente—. Pero no tan grande.

Duna asintió.

—Comprendido.

Una nave de patrulla hutt apareció, dirigiéndose en su dirección. Con una mirada final al planeta fangoso, Shada accionó las palancas de hiperespacio.

Fen luchó con la cápsula, tratando de alinearla de modo que los escudos de popa tomaran la peor parte de la quemadura de reingreso.

—Impacto en un minuto.

—¿No vamos un poco rápido?

En respuesta, Fen exprimió todo lo que pudo del sistema de desaceleración de la pobre cápsula. Un fuego blanco, abrasador, ardía fuera de la ventana.

—Uh, ¿Fen? ¿Viste esa gran área marrón en la que estamos cayendo a plomo? Sugiero que no intentes aterrizar en ella.

—Un pantano podría amortiguar nuestro aterrizaje, si no nos ahogamos. Prepárate para el baño de lodo más barato de tu vida.

—Simplemente no puedes hablar en serio.

—Quince segundos —respondió Fen, mientras intentaba dirigir la cápsula hacia una franja grande y embarrada.

Con una sacudida terrible y destrozadora de dientes, se estrellaron.

Fen se sacudió los arneses.

—Esta cosa tiene cojines de flotación. Pueden evitar que nos hundamos inmediatamente. —Tirando de la barra de lanzamiento, Fen abrió rápidamente la escotilla. Los tristes colores grises, los olores fétidos, y el barro de Nal Hutta se colaron dentro.

Fen salió trepando primero, y miró rápidamente a su alrededor. Pantano, rezumando una pegajosa sustancia aceitosa. Saltó dentro y fue envuelta en limo hasta la cintura. Ghitsa, sin embargo, permaneció junto a la escotilla de la cápsula vacilante.

—Tienes que hacerlo, Ghits —le gritó Fen.

Ella miró al otro lado del pantano.

—Bueno, al menos no tenemos que ir lejos. Solo desearía no tener que arruinar un par de botas de diseño exclusivo. —Con un suspiro cansado, Ghitsa saltó dentro de la ciénaga.

Avanzando tenazmente a través de las malas hierbas enredadas y el barro hediondo, caminaron con dificultad hacia una instalación de aterrizaje que ambas habían descubierto, a unos quinientos metros de distancia.

Mientras se tambaleaban en el reconfortante seco y duro duracreto, un whiphid con colmillos salió pesadamente fuera del edificio. Su comportamiento era tan casual que Fen concluyó que dos mujeres errándole a la plataforma de aterrizaje para estrellarse en el pantano era un acontecimiento casi diario.

Ghitsa y el whiphid intercambiaron una rápida mezcla de básico huttés, y el whiphid se fue sin prisa.

—Y ahora, ¿qué?

—Gracias a tu esfuerzo, milagrosamente nos hemos estrellado en los territorios del clan de Durga. Le dije que era una de los consejeros de Durga.

—¿Te creyó?

—Por supuesto. Esta clase de percance no es poco común si tratas en nombre de clanes hutts—. Ghitsa parecía desconcertada por la incredulidad de Fen—. La propiedad de Durga está a menos de tres mil kilómetros de aquí. Él vendrá aquí ahora mismo para inspeccionar sus nuevos bailarinas. Así que esperamos.

Encontraron un frío asiento frío esculpido en el borde de la plataforma y se sentaron.

—¿Fen?

—¿Sí?

—¿Tus asuntos están en orden?

—¿Mis qué?

—Asuntos, tu testamento, propiedades, y demás, en caso de que Durga nos sirva de alimento a la dianoga que tiene de mascota.

Definitivamente debí haber acabado con ella en Socorro hace dos años, pensó Fen violentamente. *Ningún dinero es digno de esto.*

—Pensé que esta iba a ser la parte fácil.

Sentada en el banco, los pies de Ghitsa se balanceaban a varios centímetros del suelo.

—¿Fácil? —repitió—. ¿Qué te hizo pensar eso?

—Supuse...

El recordatorio de Ghitsa sobre suposiciones y tumbas poco profundas fue interrumpido cuando un murmullo bajo y fuerte resonó a través del hosco pantano. Se pusieron de pie. Entrecerrando los ojos, Fen divisó una barcaza velera moviéndose rápido sobre el cenagal. Su tamaño y movimiento seguro y suave demostraban la opulencia hutt que siempre era, para la mente de Fen, incongruente con la húmeda y malsana miseria de Nal Hutta.

Lo que a la distancia habían parecido ser manchas en la cubierta de la barcaza se transformaron en una dotación completa pesadamente armada de indudablemente feroces y leales guardias de varias especies babosas. Mientras la barcaza de vela se detenía frente a ellas, los dedos de Fen se crisparon a su costado, instintivamente buscando el bláster que probablemente aun estaba en manos de Dune.

En una imitación de cómo Fen había saludado a las Mistryl, Ghitsa caminó hacia delante para quedar de pie junto al final de la rampa de la barcaza. Un hutt inmenso con una marca grande que se extendía a través de su frente bajó deslizándose por la plancha.

—Consejera Dogder —dijo Durga finalmente con una voz cavernosa, dirigiéndole una mirada a Fen—. Dudo que mis bailarinas se estén escondiendo en la cápsula de escape que vi en la propiedad de nuestro clan. Espero una explicación por mis twi'leks desaparecidas.

Fen miró fascinada como su socia se inclinaba en una profunda reverencia.

—Su magnificencia, viles ladrones robaron tus bailarinas a tu más humilde agente.

—¿Robaron?

Con un esfuerzo, Fen no retrocedió ante el olor maloliente que emanaba el Hutt. ¿Era algo que un hutt expulsaba cuando estaba furioso? ¿O solo los vestigios del desayuno?

—Sí, su corpulencia. Fuimos traicionadas por aquellos que contratamos para pasaje desde Ryloth. Cuando llegamos en el espacio de Nal Hutta, nos dominaron y nos forzaron a entrar la cápsula de escape.

Todo terminó antes de que Fen pudiera comprender siquiera qué había ocurrido. Durga chasqueó sus dedos avariciosos y regordetes, y cinco guardias rodearon a Ghitsa. Fen ahora estaba parada directamente y sin refugio en la mira de un bláster de repetición E-Web montado en la barcaza.

—Consejera, escucharé tu explicación. Y el que ésta me complazca o no determinará si morirás rápido o sumamente despacio.

Fen forzó serenidad. Ghitsa, sin embargo, parecía perfectamente en calma. O quizás, después de toda una vida con hutts, estaba tan trastornada que cinco alienígenas babosos con BlasTechs apuntados hacia ella le parecían gajes del oficio.

—Durga —la timadora dijo suavemente—, si te doy dos razones para no matarme, ¿me pagarías setenta y cinco mil créditos?

—Lo haré sin duda, consejera.

—Primero, invocaré las Leyes Comerciales Hutt, sección C, subsección 12.4, y las protecciones que proporciona a todos los consejeros y mensajeros.

Fen nunca había sido capaz de leer bien a los hutts, y aunque nunca lo había visto antes, y dudaba que lo volviera a ver otra vez, supo que Durga estaba estupefacto.

Ghitsa se lanzó delante.

—Mátame, Durga, y cada trato en el que he actuado como intermediaria de nuestro clan será perdido. Y la última vez que calculé, esa suma excede los cien millones.

La cólera se rizó sobre el hutt. Durga gritó:

—¿Te atreves a citarme nuestras propias leyes?

—Conoces la ley, Durga. —Ahora, Fen escuchó firme razón en la voz de su socia—. Los consejeros y mensajeros no deben pagar el precio por aquellos que los usen para avergonzar o estafar el imperio hutt.

Durga dirigió una mirada larga y calculadora a su pequeña consejera, y finalmente dijo:

—Si la memoria me sirve, esas leyes fueron promulgadas luego de las muertes tempranas y violentas de doce consejeros e innumerables mensajeros.

—Tu memoria es perfecta, como siempre. Sin duda, también recordarás qué ocurrió cuando un hutt joven, flaco y muy tonto del clan Vermilic olvidó esta prohibición hace dos años y desintegró a su consejero.

Fen se sobresaltó al darse cuenta de que incluso ella había oído hablar de ese incidente. Los Vermilics habían quebrado y no hubo ningún tráfico hutt por tres meses. Se preguntó si los consejeros se habían negado a negociar los tratos hutts.

Una pausa larga y húmeda se extendió antes de que Durga hablara otra vez:

—¿Creo, Dogder, que tenías una segunda razón?

—Si me matas ahora, nunca recuperarás a tus twi'leks.

—Ohhh, ho, Dogder. —Cuando Durga se río, Fen recordó un mar intranquilo y giratorio—. Y exactamente ¿cómo me devolverás mis bailarinas?

—Puedo darte la clave de identificación de la nave que contratamos, su itinerario, y registro de propiedad. Serás capaz de rastrear a aquellos que realmente te han agraviado.

La cara de Durga se plegó en un gesto fruncido.

—¿Y cómo sabré que la información que me das me será útil?

—Puedes pagarme el cincuenta por ciento ahora y el resto en una semana estándar —respondió Ghitsa—. Tendrás suficiente tiempo para verificar si la información es valiosa.

—¿Confías tanto en nosotros, consejera? —Durga parecía divertido. Fen no lo estaba.

—Confío en ti, amo.

Bajo el escrutinio atento y vigilante de Durga, Ghitsa se mantuvo impasible. Luego, con un chasquido de sus dedos, los guardias bajaron sus armas, y Fen descubrió que podía respirar otra vez.

Durga puso un brazo afablemente alrededor de los hombros incrustados de barro de Ghitsa.

—Después de tantos años de leal servicio, consejera, comprenderás que si pruebas ser desleal, la galaxia será un lugar demasiado pequeño para ti y mi cólera.

—Comprendo, amo.

—Aunque sigo perturbado con tu fracaso, estoy complacido con tus esfuerzos por prever la posible traición. —Extendió una pequeña mano insegura y Ghitsa le dio el disco que Fen había tomado de *La Furia*—. Puedes transferir la suma de nuestra cuenta de Coruscant.

Ghitsa hizo una ligera reverencia.

La cola de Durga tembló con violencia, serpentina.

—También sabes que por el bien de nuestros intereses, solo nos permitimos consejeros creíbles. En cuanto esta transacción termine, buscaremos consejo en otra parte.

—Siempre has insistido sabiamente que los consejeros no deben ser las víctimas de otros predadores, amo. No pido una excepción en mi caso.

Fen se preguntaría por algún tiempo si Ghitsa realmente sonaba entristecida en esa despedida.

—Muy bien —dijo Shada, colocando el holotubo en el reproductor. El examen había mostrado que era un holotubo normal, sin sorpresas adjuntas. Pero eso no quería decir que ella confiara completamente—. Ahí vamos.

Una imagen de dos metros de estatura de Fenig Nabon apareció.

—Hola otra vez, Shada —dijo la figura—. Si estás mirando esto, asumo que Ghitsa y yo nos hemos ido. Espero que aún estemos con vida, aunque probablemente ahora estás lamentando no habernos enviado fuera de la esclusa de aire sin el beneficio de trajes de vacío.

Duna masculló en su garganta, pero no dijo nada.

—Ghitsa ha sostenido que tú querrías entregarnos a los hutts para sus propios castigos peculiares —continuó Fen—. Si esto funciona, ella le venderá a Durga el Hutt una datacard con información detallada de la nave responsable por el robo de sus bailarinas. Un hacker informático competente rastreará esa información hasta el *Contrato* y la Cooperativa de Esclavistas de Karazak.

La imagen sonrió abiertamente, un poco vergonzosamente.

—Estoy segura de que has notado la identificación de *La Furia* está transmitiendo como el *Contrato*. Ese fue mi toque personal, en caso de que alguien en Nal Hutta te descubriera. El programa de encubrimiento está enterrado en tu sistema de comunicación de respaldo. Probablemente tendrás que entrar a través del juego de batalla que yo estaba jugando para llegar a él, pero no debería ser demasiado complicado de desactivar.

Se puso seria.

—Hablando seriamente, probablemente puedes predecir lo que sucederá cuando Durga llegue a la conclusión de que la CEK robó sus bailarinas.

—Guerra de pandillas —murmuró Dune.

—Ghitsa piensa que en la agitación resultante tanto la CEK como los hutts dejarán Ryloth tranquilo por un tiempo. El experto en computadoras de Durga también debería encontrar ciertos pagos inconvenientes que la CEK ha hecho a Brin'shak. Este será probablemente la última adquisición de twi'leks que Brin'shak hará para los hutts.

La imagen se movió, apoyándose en el otro pie, ¿un poco avergonzada, quizás?

—Les dijimos a las bailarinas de las devolverías a Kala'uun en Ryloth. El clan Dira las está esperando y es confiable. El clan Shak puede aullar por eso,

pero no deberías obtener otra cosa que ruido de su parte. Fueron desacreditados hace dos años en Kala'uun tratando de timar a la Nueva República con algún ryll kor y están tratando en general de mantener un bajo perfil.

»Finalmente, suponiendo que no nos has matado, Ghitsa transferirá veinte mil a tu cuenta, como acordamos. Sé que estás esperando treinta y dos, pero si la juegas bien con el clan Dira, pueden pagarte un poco de ryll kor por llevar a las bailarinas de regreso. —La imagen sonrió, un poco engreídamente—. Ghitsa te aconseja que vendas rápidamente, ya que cree que el mercado llegará al tope pronto.

Fen alzó su cabeza, con la vista perdida.

—Jett siempre admiró a las Mistryl, Shada. Pero a veces estaba incómodo con lo que harían por dinero. La pobreza vuelve desesperada a la gente, diría. Pero a veces, es mejor ser pobre. Ghitsa, por supuesto, no está de acuerdo.

La imagen de Fenig Nabon parpadeó y desapareció.

Durga las escoltó hasta la ciudad puerto de Bilbousa dónde Fen había atracado la *Dama Estelar*. Pusieron curso hacia la instalación más cercana de la Nueva República con un intercambio de banca decente.

Tan pronto como la nave saltó, Ghitsa se deslizó fuera de su silla en la cabina de piloto.

—Voy a asearme.

Cuando Fen emergió de su larga ducha caliente, Ghitsa ya estaba en la cabina, sentada a la mesa, mirando atentamente el último capítulo en el cortejo de Leia Organa. Fen agarró una botella de su coreliano más fino y dos vasos antes de sentarse frente a Ghitsa.

—Entonces —empezó Fen, sirviendo un vaso y deslizándolo al otro lado de la mesa hacia su socia. Ghitsa no dijo nada, pero aceptó la bebida—. ¿Durga lo creyó?

—Lo dudo —Ghitsa se mofó—. Pero es prudente. No se deshará de cien millones sin pruebas, y treinta y siete y medio es un pequeño precio a pagar, por ahora. Toda las pruebas señalarán a los karazaks. Son más capaces de estafarlo que yo.

—Pero ya no eres una consejera.

Ghitsa se iluminó visiblemente y tomó un sorbo de su trago.

—Algo conveniente, pensaría.

—¿Tú querías esto?

Ella suspiró, reclinando su cabeza hacia atrás. Era la primera vez en largo tiempo que Fen veía a Ghitsa luciendo normal: un traje de vuelo simple, cabello húmedo, nada embadurnando su rostro o uñas.

—¿Recuerdas lo que dije de que la mortalidad entre las twi'leks de Durga rondaba el setenta por ciento?

—Sí.

—Es aún más alta para los consejeros de los hutts. Incluso si el propio clan de un consejero no lo mata, tendemos a ser excelentes objetivos de adquisición para competidores hutts.

Ghitsa, se dio cuenta Fen repentinamente, no hubiera corrido esa clase de riesgos por sólo setenta y cinco mil.

—¿Y esos doce consejeros asesinados?

—Dos de ellos eran Dogders. —Ghitsa se detuvo allí, sus labios presionados en una línea delgada y firme.

Fen viró a un terreno más seguro.

—¿Durga pagará el resto?

Ghitsa tomó otro trago.

—Quizás. Probablemente. Estará muy feliz cuando se entere de lo de los karazaks. Espero que me dé una bonificación.

Observaron mientras la Gacetilla Diaria de Coruscant parloteaba sobre las inminentes nupcias de la princesa Organa.

—Lástima lo de Han Solo —dijo Ghitsa.

—Es un desperdicio de un muy buen contrabandista —suspiró Fen, mirando fijamente su bebida.

La Princesa apareció, otra vez en su blanco real, anunciando que Dathomir ahora estaría abierto a los exiliados alderaanianos. El programa entonó:

—Y Organa anunció hoy que la Nueva República ha destinado doscientos millones en ayuda financiera para alderaanianos desplazados. Préstamos de intereses bajos también estarán disponibles para ayudar en la repoblación....

Fen silbó apreciativamente.

—Lástima que tengas que ser alderaaniano para optar a ello.

Miraron fijamente la pantalla.

—Sabes —empezó Ghitsa—, siempre he querido hacerme pasar por una noble empobrecida.

Fen miró de su socia al video, y de vuelta otra vez.

—Es cierto —dijo finalmente—. Y Leia Organa puede no lucir bien de blanco, pero, Ghitsa, apuesto a que tú sí.

Traducción: Ariel